

Belén y el otro en el Calvario, el uno de su carne purísima y el otro de su eterno corazón, el uno según la naturaleza y el otro según el amor, el uno que es santo, porque fué el del mismo Hijo de Dios (1), y el otro pecador, porque son los hijos de los hombres.

En el primero de estos dos partos imitó María en la tierra la generación del Padre Eterno en los cielos, porque engendró de su sola substancia y sin padre al mismo Verbo divino que el Padre engendra también sin madre y de su sola substancia. Al dar á luz al mismo Hijo de Dios, lo hizo con la misma condición, es decir, sin sufrimientos, sin pena y sin dolor. Mas en su segundo parto, engendrando María hombres pecadores, renueva la generación de Eva, que no da á luz más que hombres pecadores. Así, pues, en esta segunda generación no da á luz María más hijos que los mismos de Eva; por consiguiente, no los pare sino con la misma condición, es decir, que así como Eva no da á luz los hombres pecadores sino en medio de dolores, María los pare también en el dolor. Cuando San Juan nos refiere las penas, los sufrimientos y los dolores de María, hace alusión á su segundo parto y no al primero, pues que sólo en el segundo fué cuando, desgarrado su corazón por los padecimientos, y atravesado por la espada del dolor, lanzó hondos gemidos, arrancados por la tristeza y la compasión (2).

(1) Quod ascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei. (*Luc.*, I, 35.)

(2) Clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat. (*Apoc.*, XI, 2.)

Jesucristo sufrió en su persona, y esto de una manera tanto más dolorosa cuanto fué más espiritual, la pena impuesta al hombre de cultivar una tierra ingrata, y de alimentarse del pan de su trabajo y de sus sudores. María igualmente experimentó en sí misma, y de una manera tanto más sensible cuanto era más espiritual, la pena impuesta á la mujer, de parir en el dolor (1). La sentencia pronunciada contra Adán, *que la tierra regada con su sudor y cultivada con sus afanes no le produciría más que abrojos y espinas*, no tuvo su cumplimiento literal sino en Jesucristo, á quien la ingrata Sinagoga, en recompensa de sus milagros y de su celo, no dió otra cosa que hiel amarga y una corona de espinas; la sentencia pronunciada igualmente contra Eva, *que no vería multiplicarse sus hijos sino para ver multiplicar y redoblar sus dolores*, no se verificó en toda su extensión sino en María, en quien la inmensidad y la violencia de los dolores del parto estuvieron en proporción de la multitud de los hijos de los hombres que dió á luz en el Calvario.

Ved aquí, pues, á María, dice Juan Damasceno, que, al dar á luz sus hijos pecadores en el momento de la pasión de Jesucristo, experimenta los dolores que no experimentó al dar á luz á su hijo inocente (2). Pero esto no es bastante, prosigue San Bernardo, porque no sólo experimentó Ella en su parto misterioso del Cal-

(1) In dolore paries. (*Genes.*, III, 16.)

(2) Quos dolores partus effugit pariens, illos tempore passionis sustinuit. (*S. Joan. Damasc.*)

vario los dolores que debió sufrir en el de Belén, si hubiera parido como las otras madres, sino que el dolor, de que entonces fué dispensada, lo sintió mil veces más fuerte en el momento de la muerte de su Hijo por nuestra salvación (1). San Bernardino de Sena, que es, entre todos los Doctores, el que más ha examinado y sondeado el mar profundo de las amarguras ó de los dolores en que María se encontraba sumergida al pie de la cruz, añade que en la muerte de Jesucristo adquirió el título de Madre de los cristianos á costa de sus dolorosas angustias; porque María, al darnos á la luz, á la vida de la gracia, experimentó colectivamente, unidos en un mismo dolor y en un solo parto, todos los dolores, todas las angustias y todos los tormentos que han experimentado y experimentarán todas las madres al parir á la vida natural; sufrimientos y tormentos inauditos, pues que de todas las criaturas animadas, la mujer es la que más sufre en el parto. Y la razón es clara: debiéndonos María parir á todos, debía sufrir particularmente por todos (2).

De todas estas circunstancias se deduce claramente que la antigua Raquel es la figura y la profecía de

(1) Nunc solvisti, Virgo, cum usura, quod in partu non habuisti à natura. Dolorem pariendo Filium non sentisti, quem milies replicatum, Filio moriente, passa fuisti. (*S. Bernard.*)

(2) Maria doluit in morte Filii, et acerbos pertulit cruciatus, ut ipsis omnium fidelium mater constitueretur; quia omnium matrum collective dolores adæquavit, omniumque parturientium cruciamenta in hac conspiraverunt matrem. (*S. Bernardin. Senen.*)

María. En efecto, Raquel es al principio estéril por naturaleza, y María lo es por elección y por voto (1). No obstante su esterilidad natural, Raquel se hace madre; pero esto no es sino por un milagro, pues que sólo un milagro podía hacerla fecunda. María, igualmente, no obstante su virginidad voluntaria, llega á ser Madre, y lo es por el mayor de todos los milagros; porque sólo Dios podía hacer que una Virgen fuese madre permaneciendo virgen y sin concurso humano. El hijo de Raquel es José, el mismo José que, entregado y vendido por sus hermanos, se hace después el salvador de estos mismos hermanos, que quieren quitarle la vida, y que por lo mismo es llamado el pastor y la piedra de Israel (2). El Hijo de María es Jesucristo, que, entregado, vendido y crucificado por los hombres, se hace Salvador de los hombres, y es llamado por lo mismo el buen Pastor por excelencia, la piedra angular que sostiene el edificio de la salvación (3). El hijo de Raquel valía por sí solo más que todos los hijos de Lia; porque ¿qué hubiera sido, no sólo de los hijos de Lia, sino de toda la familia de Jacob, sin el hijo de Raquel, que los salvó á todos del hambre y de la muerte? El Hijo de María, solo y pobre, vale mucho más que todos los hijos de las demás madres; porque ¿qué sería de todos los hijos de los hombres sin el Hijo de María, que los salvó de la esclavitud del pecado y de

(1) Virum non cognosco. (*Luc.*, 1, 34.)

(2) Inde pastor egressus est, lapis Israel. (*Genes.*, XLIX, 24.)

(3) Pastor bonus, lapis angularis. (*Joan.*, x, 14; *Ephes.*, II, 20.)

la muerte? Pero lo que conduce más á nuestro propósito es que apenas Raquel dió á luz á José, cuando comprendió que éste no sería el sólo hijo que ella tendría, y que este primer hijo le prometía otro. Por esta razón se llamó *José*, que significa *unión y acrecentamiento* (1); después exclamó ella en un raptó profético: «Dios hará de manera que mi primer hijo sea la prenda de otro segundo (2).»

Jesús igualmente es para María la prenda y la garantía de otro hijo, pues que, hablando de su parto, se dijo que había dado á luz á su HIJO PRIMOGÉNITO (3), lo cual significa claramente el parto de otro hijo segundo.

La una y la otra profecía, el uno y el otro presentimiento de estas dos madres misteriosas se cumplieron exactamente. En efecto; Raquel parió después á Benjamín en Betel, y María parió á los hombres en el Calvario. Pero ¡ay! ¡Qué diferencia tan grande entre el nacimiento de estos dos hijos segundos y el de los dos primogénitos de las dos madres! Raquel pare á José sin trabajo, sin sufrimiento y sin dolor, y María pare á Jesucristo sin trabajo y sin el más leve dolor. El nacimiento de José llena á su madre del más puro gozo, y el nacimiento de Jesucristo llena el alma de María de los más santos transportes de regocijo. Por el con-

(1) Filius accrescens Joseph. (*Genes.*, XLIV, 22.)

(2) Vocavit nomen ejus Joseph, dicens: Addat mihi Dominus filium alterum. (*Genes.*, xxx, 24.)

(3) Peperit Filium suum primogenitum. (*Matth.*, I, 25.)

trario, el nacimiento de Benjamín causa á su madre un dolor tan grande, unos tormentos tan violentos, que se ve reducida á la más dolorosa agonía (1). Por esta razón Raquel le llamó *Benoni*, ó *el hijo de su dolor*, el hijo de su amargura y de su duelo; y, verdaderamente, él fué un hijo de duelo y de amargura, pues que su nacimiento costó la vida á la que se la dió (2). El último hijo de María, es decir, la humanidad, la Iglesia, causó igualmente á su corazón tormentos inmensos, en el momento en que Ella le parió en el Calvario; es, por consiguiente, el hijo de su dolor, de sus angustias, de su agonía y de su muerte, pues que el dolor que nuestro nacimiento causó á María era capaz de haberle dado mil veces la muerte, si, como ya hemos notado, un milagro no le hubiera conservado la vida.

(1) Ob difficultatem partus... Egremente autem anima præ dolore et inminente jam morte; vocavit nomen filii sui Benoni, id est filius dolores mei. (*Genes.*, xxxv, 17, 18.)

(2) Mortua est... Rachel. (*Ibid.*, 19.)